

VII.- La Religión

"Todo lo que es inmutable no es más que símbolo" (Zarathustra II, 2).

SUMARIO.—Orígenes de la religión según Nietzsche.—Opinión de Feuerbach.—Rol de los sacerdotes.—"El manto moral del mundo".—Lo antinatural es también naturaleza.—Clases de religiones.—El Código de Manú.—La religión hebrea.—El islamismo.—El Budismo.—La oposición Nietzsche-Buda.—La transformación de la religión de Israel.—Rol del sacerdote judío.—Paternidad de la forma sacerdotal.—La mentira al servicio de la vida y contra ella.

La religión halla sus orígenes en estados de ánimo agobiantes, extraños, apasionantes que el hombre primitivo se resistía a considerar como suyos. En las razas fuertes es particularmente la epilepsia la que despierta la creencia en este poder extraño. El sentimiento de esperanza del cristianismo, la inspiración del poeta, el avasallamiento pasional del gran criminal provocan análoga referencia causal a una entidad extrahumana, personal.

Feuerbach —lectura juvenil de Nietzsche— había afirmado que el sentimiento religioso comienza por una hipóstasis de la idea de causa. La aseveración resulta parecida pero no igual a la de Nietzsche, pues, mientras Feuerbach no rechaza la causalidad, para Nietzsche la causalidad moderna —la que atribuye, por ejemplo, al espíritu el origen de nuestras operaciones superiores— es igualmente falsa —toda causalidad lo es— y un pálido remedo de la primitiva.

El origen de la religión es, pues, extremo sentimiento de poder que el humano interpreta como ajeno.

Había una como humillación en el hombre en no poder considerar como suyos estos estados los más elevados, los de la mayor fuerza por los que se sentía poseído. Reaccionando contra ella las familias nobles lo mismo que los poetas y videntes, se sienten dignificados, glorificados en ser escogidos por Dios para manifestarse, en no ser responsables de sus actos.

Los sacerdotes, con un fino sentimiento de lo que conviene a su dominio, terminan por hacerse considerar socialmente como los únicos intermediarios con ese mundo divino, y después los únicos poseedores de la verdad. Encuentran así un modo de poder más que los poderosos. Nietzsche afirma que en todos los sacerdocios hay una santa mentira —"pía fraus"— absolutamente justificada en cuanto les ayuda a tomar y mantener la dirección de los hombres. Sus creadores no han sido los hebreos sino los arios indos, filósofos del Vedanta.

Es provocando una credulidad absoluta, conociendo la marcha de la naturaleza, recurriendo a un dominio que nos escapa, "el más allá", del que tienen el control en la tierra y alejando de nuestras mentes la causalidad —o continuidad— natural de los fenómenos para prometer una serie de presuntos efectos como consecuencia de la observancia de sus leyes y prescripciones, que los sacerdotes aseguran su dominio. Es de esta subordinación de los actos a su ley que aparecen el Bien y el Mal y la "conciencia" como una voz interior que mide cada acción, no según su valor, sino según su mayor o menor adecuación a la ley sacerdotal.

Si el mundo pierde su inocencia al quedar envuelto todo él en un manto moral que aparece como la última fuerza, la verdad se hace una "cosa dada", una revelación que los sacerdotes poseen. Sin embargo, esta aberración ha creado en gran parte la humanidad del hombre, sobre todo cuando un exceso de fuerza creadora ha podido ejercer su voluntad durante un largo espacio de tiempo. Nietzsche considera lo antinatural, las camisas de fuerza como manifestaciones de la naturaleza que por ser poder y dominio puede expresarse en la transformación y creación de una idiosincracia humana.

Nietzsche distingue religiones negativas o nihilistas y religiones afirmativas. Las religiones afirmativas dicen sí a la existencia, a la naturaleza, son inocentes respecto de la naturaleza, naturales. Encuentra un máximo exponente de esto en el espíritu pagano de Petronio. Las religiones afirmativas aunque mienten como cualquier religión tienen otros fines y aun otros medios que las negativas. El Código de Manú, el judaísmo en su forma más antigua el islamismo, son religiones positivas. En el Código de Manú —Nietzsche siente un pecado contra el espíritu nombrarle junto a la Biblia— "las clases nobles, los filósofos y los guerreros conservan su poder sobre las masas: por todas partes valores nobles, un sentido de perfección, una afirmación de la vida, un sentimiento triunfal de satisfacción de sí mismo y de la vida, sobre todo el libro brilla el sol". Este código que es un resumen de la experiencia de

milenios adquiere mucho de su autoridad en no probar sus aseveraciones ni demostrar la utilidad de lo que prescribe. Aumenta su fuerza en considerarse como "revelación": "Dios la dió, los antepasados la observaron". La finalidad es proporcionar el automatismo, la inconsciencia indispensables al arte de la vida, provocando la retirada de la conciencia de las experiencias más justas y felices.

Nietzsche habla también del régimen de castas con elogio sosteniendo que es natural y que permite la creación y el desenvolvimiento de los tipos más altos de hombres en cada una de ellas.

No se vea sin embargo en esta loa al Código de Manú un secreto deseo de ensalzar lo ario. Nietzsche se expresa en iguales términos admirativos de la religión hebrea en su origen, sobre todo en la época de los reyes. "El mismo Israel estaba en relaciones justas o sea naturales con las cosas todas. Su "Jahveh" era la expresión de la conciencia de poderío, el gozo de sí mismo, la esperanza de sí mismo; en él se esperaba la victoria, la salvación, con él se tenía confianza en la naturaleza, se esperaba que la naturaleza diera aquello de que el pueblo tenía necesidad, sobre todo la lluvia. Jahveh es el Dios de Israel y por consiguiente el Dios de justicia; esta es la lógica de todo pueblo fuerte y que tiene conciencia perfecta de su propio poder".

La religión del Islam representa igualmente una afirmación de la vida, nobleza, virilidad con los más raros y preciosos refinamientos. Había sido, sin embargo, inficionada por su antecesora cristiana con la creencia en la inmortalidad del alma.

Dentro de las religiones afirmativas la preferencia de Nietzsche va hacia el paganismo de griegos y romanos; la divinidad consiste precisamente en que haya muchos dioses: Tienen su preferencia hasta el punto de que puede en algún sentido ser considerado él mismo como un pagano.

Dentro de las religiones nihilistas menciona el budismo como afín al cristianismo por ser también religión de decadencia, expresión de una fisiología agotada: una excesiva irritabilidad que se manifiesta en hiperestesia y una impersonalización debida a la larga frecuentación de conceptos y procesos lógicos —no sólo aparece en las clases más elevadas sino en las más doctas— es resultado de esto una depresión que Buda combate con higiene física y mental. El budismo es una religión realista; no hay pecado sino solamente sufrimiento. Como el impío Nietzsche, la religión de Buda está "más allá del bien y del mal". Si aconseja la bondad es porque es favorable a la salud de sus fieles. Excluye el ascetismo, la oración y toda especie de constricciones". Contra nada de-

fiende más su doctrina que contra el sentimiento de la venganza, de la aversión, del rencor ("la enemistad no termina mediante la enemistad": este es el conmovedor ritornello, de todo el budismo"). Y esto con razón: precisamente estas emociones serían totalmente malsanas en relación con el fin dietético principal. El egoísmo se hace en Buda deber, es el deber de estos hombres fatigados y refinados que forman la base humana que lo determina y hace posible. "Se trata de escapar de la rueda de nacimientos y muertes". Si el cristianismo aparece como la contradicción de la moral que nos habrá de proponer Nietzsche el budismo le será contrario. Las relaciones con el budismo serán en un sentido cultural más lejanas que con el cristianismo, pero en un sentido personal mucho más cercanas. La cosmogonía y la cronología budistas coinciden con las nietzscheanas. Sólo que en el budismo se querrá escapar de esta rueda de nacimientos y muertes mientras que preguntados por Zarathustra si quieren que la vida vuelva a comenzar exclamarán a coro ¡Sí! los humanos en un proyecto de continuación del Zarathustra. Nietzsche no concibe el "no" sino como fatiga. Al lanzar él el "sí" se hace representante del espíritu de Occidente para la cual es la muerte y no la resurrección un mal. Frente a una misma interpretación del Universo, Nietzsche y el budismo representarán dos soluciones antagónicas: Occidente y Oriente. Causa del respeto que el filósofo guarda a pesar de todo al budismo es seguramente la ausencia de mentira sagrada, el riguroso positivismo de una religión que no es una "religión ética" sino —con más honestidad intelectual— una sistemática de salvación del dolor. Para una raza fuerte no inficionada de virus religioso el dolor no tendría importancia, sería natural soportarlo.

Muy diferente del budismo se presenta el judaísmo cuya evolución —o involución— culmina para Nietzsche en el cristianismo. No se debe considerar al cristianismo como negación del instinto judaico, sino como su consecuencia natural —nos dice el filósofo. "Los hebreos son el pueblo más extraordinario de la historia del mundo, porque, colocados ante el problema de "ser" o "no ser", con conciencia totalmente admirable prefirieron el ser a toda costa; y esta costa fué la falsificación radical de toda la naturaleza, de toda naturaleza, de toda realidad, de todo el mundo interior así como de todo el mundo exterior".

Es digna de observación como cambió la religión de Israel. En un principio expresaba la autoafirmación de un pueblo, el reconocimiento por la importancia de su destino, la sucesión de las estaciones y las fortunas, en el pastoreo y en la agricultura. Pese a "la anarquía en el interior y los asirios en el exterior" se mantuvo el recuerdo de este Dios,

pero llegó a hacerse ostensible su impotencia; entonces se le desnaturalizó para conservarlo los agitadores sacerdotales interpretaron "toda fortuna como premio y toda desventura como castigo de una obediencia a Dios", "cuando con el premio y el castigo se arrojó del mundo a la causalidad natural hubo necesidad de una causalidad contraria a la naturaleza y luego siguió todo el resto de las cosas innaturales". "¿Qué es la moral judaica, qué es la moral cristiana? Es el acaso que ha perdido su inocencia, es la desventura manchada con el concepto de pecado; es el bienestar considerado como peligro, como tentación; el mal-estar fisiológico envenenado por el gusano del remordimiento....."

"Es el fino tuétano de los leones y se alimentan de ella los corazones robustos" dice de la Biblia y refiriéndose al Antiguo Testamento, Romain Rolland. Nietzsche hubiera aceptado el juicio sólo para una parte de ella, de las más antiguas. Porque después viene el gran atentado del libro contra la real historia de Israel que no percibimos por la gran degeneración de nuestro pudor "in historicis" debida a la larga costumbre de hábitos mendaces creados en nosotros por la interpretación eclesiástica: "Simplificaron la psicología de todo gran acontecimiento en la fórmula idiota de obediencia o desobediencia a Dios".

El sacerdote en cuyas manos esta desfiguración fué instrumento de propia conservación —así como de la del pueblo hebreo— reglamentó tan minuciosamente las cosas de la vida que él mismo terminó por aparecer como indispensable. Todo hecho o costumbre natural, consecuencia de la vida fué privada de valor por lo que se hizo necesaria una sanción, la sanción del sacerdote. La desobediencia al sacerdote se llamó pecado.

Hay una diferencia de pareceres en Nietzsche sobre el papel de los judíos en este gran proceso de desfiguración. En el "Anticristo" son ellos los inventores de la mentira sagrada y los creadores de la forma sacerdotal. En la Voluntad de Poder se reivindica su origen ario-hindú que explicaría la facilidad de los europeos para adoptarlo:

"El desarrollo del estado sacerdotal judío no es original: los judíos han aprendido a conocer su modelo en Babilonia; el esquema es ario". (V. de P. 143).

"La influencia aria ha corrompido el mundo antiguo". (V. de P. 142 in fine).

Sin embargo estos arios mantenían aún cierto decoro. Mentiroso o no el Código de Manú servía a la vida, la facilitaba y aún la exaltaba. El Budismo nos proponía un plan de evasión de la misma para hombres decadentes y refinados que no toleraban su fluir, a veces desacompañado

y bárbaro, sin padecer excesivamente. En el pueblo judío la mentira que servía a la vida se hace mendacidad que cala más hondo, comienza a "transmutar todos los valores" sólo que de un modo opuesto a como lo habría de hacer posteriormente el mismo Nietzsche. La mala mirada contra todo lo que es alegría, fuerza, belleza, comenzarán allí. Con el moderno psicoanálisis adleriano diríamos, interpretando al filósofo que hubo una seudocompensación o compensación catagógica del sentimiento de inferioridad política del pueblo judío —aparecido en momento de crisis interna e internacional y debido a ésta— que se expresó desfigurando y sustituyendo a su antiguo Dios expresión de la vida, a las instituciones naturales, a la vida misma. Un tanto como Tersites seudocompensaba su miseria física llenando de calumnias y maledicencias a los mejor formados de los héroes homéricos, cuya perfección le había sido negada.



VIII.—EVANGELIO Y DISANGELIO

"Jesús para San Pablo es un simple motivo, la música la compone él luego" (Voluntad de Poder 177).

SUMARIO.—Tipo psicológico de Jesús.—Budismo de Jesús.—Valor simbólico de la realidad.—Rasgos extraños a su figura.—Ningún "mensaje social".—Muerte del Evangelio.—Pablo, el "disangelista". El "Cristianismo".

La figura de Jesús nos parece una de las que Nietzsche ha vivido más en sí y no importa el rechazo o la superación de ella que el filósofo se sienta representar. Recuerda su juvenil lectura del admirable —incomparable lo llama— Strauss en el que reconoce que "la docta curiosidad del espíritu alemán ha obtenido uno de sus más innegables triunfos" pero el problema que había tratado de resolver el autor de esta vida de Jesús era un puro pasatiempo de eruditos. No se deja abrumar Nietzsche por el callejón sin salida del Cristo histórico: Lo que le importa "es el tipo psicológico del redentor". Puede ser desentrañado de los Evangelios a pesar de los Evangelios. La interpretación que hace de Jesús resulta por lo menos de una vigorosa originalidad. Renán un "payaso in psicologías" nos había hablado de Jesús como genio o héroe. Nietzsche que no desdeñará algunas de las apreciaciones secundarias de Renán, rechaza sin embargo ésta, fundamental. Característica del héroe y

del genio es la fuerza. Nada más contrario a ella que el tipo del dulce Rabí. La fuerza, o para decirlo con términos menos mecanicistas, el poder, es la clave de la vida que se expresa en crecimiento, en aumento —en más vida como dirá después Simmel— pero Jesús es un decadente, nos dice Nietzsche y la decadencia es precisamente menos vida (no riqueza en proceso de enriquecimiento sino pobreza en proceso de empobrecimiento). Es el más interesante de los decadentes. El filósofo lamenta que un Dostoyewsky —el pensador admiraba al escritor ruso, decía que su hallazgo le había sido todavía superior al de Stendhal— no hubiera vivido cerca del nazareno "mezcla de sublimidad, puerilidad, enfermedad". El evangelio de Jesús consiste en que no hay contradicciones. El reino de los cielos pertenece a los niños. Nada más distante del tipo de Jesús que el del fanático moral. Jesús es un budista, es un sincero y consecuente budista; su evangelio no es una dogmática sino una práctica. No es una fe, no quiere demostrarse por milagros, profecías, revelación. El Reino de los Cielos es vivido por Jesús, es una sublimación de su fisiología que se hace para él la realidad. Como buen hijo del siglo XIX Nietzsche nos dice que lo que hay en Jesús es un odio instintivo contra la realidad, consecuencia de una hiperestesia, una conformación morbosa del tacto en la que todo contacto deja un dolor, es un dolor. De allí que el Reino de los Cielos niegue toda realidad al mundo exterior. Pero no se crea que hay en el Jesús de Nietzsche un ataque al mundo en el que se producen estos inevitables choques que ineludiblemente provocan dolor. Jesús pasa del lado de ellos sin combatirlos, sin denunciarlos, toda su realidad está en ser símbolo de ese Reino de los Cielos en el que él vivió. En Jesús hay un "desarrollo ulterior del hedonismo sobre bases completamente morbosas". No oponerse a nada, no combatir, no encolerizarse, no censurar, no defenderse, no empuñar la espada. Esta fe no sólo no quiere imponer sino que ni siquiera se formula: se vive. Realidad, naturaleza, lengua misma son para Jesús puro símbolo; ignora y desdeña, soslaya la fórmula, el dogma, que le son opuestos. Y lo mismo podemos decir de la sociedad organizada; leyes, tribunales, trabajo, guerra. Las posiciones contrarias no despiertan ánimo de polémica, deseos de refutación; entristecen por su ceguera. Todo lo real es símbolo del Reino de los Cielos, mundo de amor, castillo de nubes en el que ambula este cristiano el único que hubo. Si Unamuno habla de "cristismo" y cristianismo, Nietzsche más radicalmente sostiene que lo que vendría a entenderse por el primero tiene en Jesús su representante exclusivo. En este mundo de Jesús el amor borra las diferencias, todos son hijos de Dios, no hay otra realidad que este es-

tado de ánimo dulce y blando que psicológicamente hace otra realidad por encima de la insoportable del espacio y el tiempo. No hay en el Evangelio pecado, castigo, recompensa. La felicidad no se promete, se vive en el "εθος" del redentor. No hay camino hacia Dios por penitencia u oración. Hay una práctica constante que es la que hace al hombre divino, bienaventurado, evangélico, hijo de Dios. La vida de Jesús, fué esa práctica.

Habría contra esta interpretación nietzscheana algunos —bastantes— pasajes del evangelio. Pero el filósofo afirma que está sobrecargado de rasgos extraños aunque admite que como tipo de decadencia Jesús podría estar cargado de rasgos extraños. Se decide, sin embargo de admitir esta posibilidad, contra ella: el "fanático del ataque, aquel enemigo mortal de los teólogos" ha sido vertido sobre su figura, le es extraño, formó parte de la propaganda de los primeros años, sobreexcitada, violenta: "Cuando la primera comunidad tuvo necesidad de un teólogo judicante, litigante, furioso, malignamente sutil, contra los teólogos, se "creó" su "Dios" según sus necesidades; y sin embargo le puso en la boca aquellos conceptos fatalmente no evangélicos de que no podía prescindir: los del retorno, del juicio final, de toda clase de expectativas y promesas temporales.

Y así Marcos 6, II amenazando castigo para los que no recibieren a los apóstoles; Marcos 9,42 sobre la piedra de molino al cuello de los que escandalizaran a los pequeñuelos; Marcos 9,47 recomendando sacar el ojo que fuera ocasión de pecar, Marcos 8,34 en que pide tomar la cruz al que quiera seguirle, Mateo 7,1 con la vara con que medís os volverán a medir, Mateo 5,46 con su referencia a la recompensa y Mateo 6,15 y su referencia al castigo.

Corintios 1, 3, 6; 1, 6, 2; 1, 20 y siguientes son ejemplos de la desfiguración de la doctrina en un sentido aún más peligroso, más íntimo. Termina por decirnos:

"Es conveniente ponerse los guantes cuando se lee el Nuevo Testamento".

Se ha reprochado a Nietzsche el no haber considerado tampoco algunos rasgos verdaderamente nietzscheanos de Jesús: Mateo X, 34 "*Μη νομιστε οτι ηλθον βαλειν ειρηνην επι την γην. ουκ ηλθον βαλειν ειρηνην αλλα μαχαιραν*".

Lucas XXII, 36: "*αλλα νυν ο εχων βαλλαντιον αραιω ομοιως και πηραν και ο μη εχων πωλησαιτω το ιματιον αυτου και αγορασαιτω μαχαιραν*" y el incomparable Mateo XI,12: "*απο δε των ημερων Ιωαννου του βαπτιστου εως αρτι η βασιλεια των ουρανων βιαζεται και βιασαι αρπαζουσιν αυτην*".

Replicaríamos —en defensa, no de la propia interpretación que hace el filósofo, sino de su consecuencia para con la misma— que estos rasgos no forman parte del tipo psicológico que él quiere ver no sólo entre líneas sino contra las líneas, que pertenecerían a ese Jesús contradictorio que aunque admisible —las contradicciones son también expresión de decadencia— no es el que encuentra y nos muestra.

Esta fuga de la realidad, este vivir una celestialidad que no sabe de la tierra, se deben también a la edad de Jesús dice Nietzsche. Si hubiera llegado a la virilidad hubiera cantado la vida, la alegría, la risa. Se hubiera hecho amigo de Dionysios. ¡Era lo suficientemente noble para retractarse! —nos dice en el Zarathustra de su amado enemigo.

Otro aspecto de Jesús —en lo que se nota la influencia de Renán, alguna tuvo pese a las expresiones despectivas de Nietzsche, lo llama también "pisaverde histórico"— es el sentido social del mensaje del nazareno. El solitario de Sils —María se inclina sin embargo a considerar que "Le royaume de Dieu concu comme l'avenement des pauvres" no forma parte del mensaje del propio Jesús sino que le ha sido añadido; no está dentro del evangelio, la "buena nueva" sino que forma parte del "disangelio" la pésima nueva, obra maestra de aquel señor de la desnaturalización y de la falsificación del odio que fué Pablo de Tarso. Si en lo que Nietzsche dice de Jesús vemos, pese a toda la impiedad, algo del respeto que hacia el fundador del cristianismo guarda el hijo de un honrado pastor protestante, el trato a la figura del apóstol es duro, inmisericorde. La atribuye "la gran tergiversación cristiana del odio". Es él el desfigurador, el "disangelista" con él el sacerdote enemigo de la vida, quiere una vez más el poder y lo logra. Nietzsche le carga injustamente la invención de la creencia en la inmortalidad del alma (que aparecía ya en el Antiguo Testamento, por ejemplo en Isaías). Pero si no original de él es innegable que la actualiza, que pone el acento sobre ella.

No sólo Jesús, el Evangelio mismo murió en la Cruz, dice Nietzsche. La Cruz es el motivo de la gran desfiguración del mensaje de Jesús. Lo que era un desprecio tranquilo, budista de la muerte no fué interpretado así, desconcertó profundamente a la primitiva comunidad cristiana, hubo el temor de que fuera una refutación al mensaje. La muerte de Jesús fué la que dió lugar a un sentimiento el menos evangélico: la venganza. No admitieron que pudiera quedar impune y por ello la necesidad de que fuera castigada, el juicio, la "rebelión contra el orden social" dominante: sacerdotes y teólogos. ¿Cómo había podido Dios permitir eso? Se recurrió para contestar aquella pregunta a la vieja idea del sacrificio del

inocente: Dios ofreciendo a su hijo inocente como víctima para redimir "los pecados", pecados de los cuales Jesús nada había dicho.

De golpe se hizo del Evangelio "la más despreciable de las promesas irrealizables: la impúdica doctrina de la inmortalidad personal".

Las consecuencias son gravísimas. Para el filósofo de la vida y la vivacidad, las peores: "si se coloca el centro de la gravedad de la vida no en la vida, sino en el más allá —en la nada— se ha arreabado el centro de gravedad a la vida en general". "Vivir de modo que la vida no tenga ningún sentido es ahora el sentido de la Vida". (Anticristo 43).

Viene también una "miserable adulación de la vanidad personal" que es el ofrecer la inmortalidad a todos, con lo que se ganó ciertamente a "todo el desecho y la hez de la humanidad". Ello "ha movido una guerra mortal a todo sentimiento de respeto y de distancia entre hombre y hombre o sea a la premisa de toda elevación, de todo incremento de cultura".

Nietzsche tiene antecedente en Goethe en su denuncia de los evangelios que considera plagados de ese espíritu de resentimiento de la comunidad que iba a hallar en Pablo, "el más grande de los apóstoles de la venganza", su intérprete más genial.

La exaltación pauliana de la fe es indispensable para poder replicar a la tozuda realidad: "en la práctica es la mentira a toda costa". El comienzo de la Biblia simboliza el peligro: la ciencia. La fe no transporta montañas sino que "coloca montañas donde no las háy". Por otro lado el "training" cristiano de expiación y redención es una locura circular, una psicosis. **Jorge Puccinelli Converso**

El martirio no prueba nada pero es peligroso porque seduce, "la sangre es el peor testimonio de la verdad".

La obra de Pablo —taumaturgo al revés— fué convertir el cristianismo en su contrario, la práctica evangélica en una complicada máquina de secreto odio y aparente amor: "Como realidad histórica el cristianismo no debe ser confundido con aquella raíz que su nombre recuerda, las demás raíces de que ha crecido han sido mucho más poderosas".

"La práctica del cristianismo no es mera fantasía, como tampoco lo es la práctica del budismo: es un medio para ser feliz". Si Nietzsche, sin embargo, tampoco es cristiano en este primer sentido es porque desdeña la felicidad, porque piensa que la tendencia obsesiva hacia ella es ya síntoma de debilidad, de decadencia.

Pablo, un gran propagandista, comprendió lo que necesitaba la masa de los primeros tiempos del cristianismo: misterio, fantasmagorías, Dios crucificado, existencia de ultratumba. El gran atentado contra sacerdotes

y teólogos representado por Jesús se hizo un nuevo sacerdocio y una nueva teología: "San Pablo reprodujo en gran estilo lo que Cristo había anulado con su vida". (V. de P. 167).

Es ostensible la falta absoluta de probidad intelectual de Pablo: no le importa la verdad de una cosa sino sus efectos. Todo el rencor de las clases más bajas es ganado por un credo opuesto al poder y a la sabiduría del mundo. "El cristianismo recogió todo lo que de enfermizo tuvo el mundo antiguo", termina por decirnos Nietzsche.

IX.—MORAL CRISTIANA Y NATURALISMO MORALISTA

"¿Qué significa, considerada desde el punto de vista de la vida, la moral? (Origen de la Tragedia—Prólogo. 4).

SUMARIO.—La moral, una interpretación.—Instintos en la moral cristiana.—Conservatismo del rebaño y autosupervaloración de sus virtudes.—La igualdad.—Peligro y necesidad del rebaño.—Alianza del rebaño y de los degenerados.—Naturaleza.—Voluntad de poder de los decadentes y voluntad de poder de la vida superior.—Por la revaloración de las virtudes viriles.—Contra los ideales morales.—El "deber ser" como condenación de la vida.—Ética del ideal, ética de lo deseable.—"Llegar a ser".—Heráclito, Calicles, Platón como antecedentes de Nietzsche.—Inmoralidad de los medios de la moral.

Si la moral es una especie de interpretación llevada a cabo por los instintos y si Nietzsche quiere indagar en cada caso cuáles son los que la realizan. ¿Cuáles son los que descubre en la moral cristiana

1) El instinto del rebaño dirigido contra los fuertes e independientes.
2) El instinto de los desheredados y de los que sufren contra los felices.

3) El instinto del mediocre contra los privilegiados. (V. de P. 274).

El rebaño es conservador. Quiere conservarse como tal rebaño y además sus miembros quieren asegurar su conservación frente a los más poderosos, a los que siente como una amenaza.

"Los buenos no pueden crear; son siempre el principio del fin."

"Crucifican al que inscribe valores nuevos en tablas nuevas; sacrifican el porvenir a su provecho, crucifican todo el porvenir de los hombres."

"Los buenos fueron siempre el comienzo del fin... Y cualquiera que sea el perjuicio que ocasionan los calumniadores del mundo, el daño producido por los buenos es mayor". (Zarathustra III, 12, 26).

"La condición de existencia del hombre bueno es la mentira. Para expresarme de otro modo, es la voluntad de no ser como está hecha la realidad" (Ecce homo —Por que soy una fatalidad— 4).

La óptica del rebaño atribuye una importancia desmesurada a las propias pequeñas virtudes mendaces, que aseguran su pacífica conservación y se opone a las virtudes naturales y dentro de ellas a las que entrañan alguna jerarquía, salvo la indispensable a la guarda del rebaño.

La supervaloración de la igualdad caracteriza la moral del rebaño: el deseo del rasero, de la homogeneización del hombre. Pero las desigualdades cuantitativas manifiestan una primaria desigualdad de calidad propia de la vida. Los hombres: "¡En nada son iguales!"; nos dice la Justicia en el Zarathustra. Por ello lo dañino, lo antivital de esta moral igualitaria. No olvidemos tampoco que el fin de las sociedades humanas es la aparición del hombre superior, del grande hombre, del superhombre que las justifique y que para lograr este fin se debe estar dispuesto a esclavizar y sacrificar no importa cuanta "humanidad". Los buenos constituyen la especie más peligrosa "en vista de que imponen su existencia tanto al precio de la verdad como al precio del porvenir".

Sin embargo Nietzsche piensa que una gran masa humana nivelada podría ser condición precisamente para la existencia de esta especie superior de hombres o de este hombre superior que la dominara. ¿Cómo es que se explica esta aparente contradicción? Es que las valoraciones morales del rebaño tienen su justificación en el rebaño y para él, es conveniente que rijan a quienes resultan indispensables. El más grave peligro surge cuando tratan de extenderse y contagiar y dominar a los hombres y clases superiores alejándolos de su destino para el cual se necesitan valoraciones en absoluto diferentes, opuestas, antagónicas a las de la moral del rebaño.

Si bien en un sentido estricto, una moral de únicamente el rebaño parece que querría defenderse tanto como de la creación, de la degeneración; si bien debería representar los vulgares intereses biológico-zoológicos— frente a los altos intereses vitales, peligrosos para la conservación, pero también frente a los degenerativos, es lo cierto que en la moral cristiana se halla aliada con los instintos de los degenerados contra los de la vida superior. (V. de P. 282). La "bestia de rebaño" busca un pastor, este pastor es el sacerdote y el sacerdote le inculca las creencias y valores de la moral decadente.

La moral cristiana es también expresión de las valoraciones de los descontentos, fracasados, desheredados y degenerados de toda especie que niegan el mérito por que no lo tienen y la naturaleza por que son

los peor dotados: "Desde el momento en que el concepto de naturaleza fué encontrado como opuesto al de Dios, la palabra "natural" debía ser sinónimo de reprobable; todo aquel mundo de ficción tiene su raíz en el odio contra lo natural —contra la realidad— es la expresión de un profundo disgusto de la realidad. Pero con esto todo queda explicado. ¿Quién es el que tiene motivo para salir con una mentira de la realidad? El que sufre por ella. Pero sufrir por la realidad significa ser una realidad mal lograda" (Anticristo, 15). Los sacerdotes explotan el resentimiento de estas gentes que devienen las preferidas de Dios.

Es intolerable para nuestro pensador que aquellas valoraciones que revelan condiciones de subsistencia de los bajos y medianos grupos humanos quieran valer como la moral única verdadera: "Lo vulgar es lo más elevado, lo contranaturaleza es lo más elevado, lo mediocre es lo más elevado".

Pero los vulgares, mal nacidos y mediocres son cuantitativamente más. Decadencia y medianía significando una detención y una limitación de la V. de P. que es la vida, aspiran sin embargo a poder contra esa Voluntad de poder cualitativamente superior, cuantitativamente mínima de los aristócratas, bien nacidos, sanos y felices, a frustrarla. La lucha entre la voluntad de poder de los decadentes y la de los hombres de vida ascendente se ha caracterizado por el triunfo cada vez más visible de los primeros, los más, que utilizaban como su gran arma de destrucción el ideal cristiano. Pero la vida quiere precisamente la producción del tipo superior, por esto la moral ha sido un contramovimiento a los intentos de producirlo, la tendencia última de la vida se ha considerado como inmoral, los instintos que la posibilitaban y que expresaban la vida más vigorosamente se han considerado como opuestos a los valores supremos. La proclividad de la civilización occidental hacia un dominio cada vez mayor de las valoraciones de los débiles y fracasados se denomina progreso y su meta es el nihilismo.

Fuerza, voluptuosidad, amor al peligro, todo el etcétera de las virtudes viriles de los hombres superiores debe ser revalorado y readquirir la buena conciencia que ha perdido ante el avance de las valoraciones cristianas que han llegado a dominar y a hacerse pasar por únicas en todas las sociedades y clases sociales, cuando su justificación como virtudes pequeñas estaría en su limitación a las gentes pequeñas.

Nietzsche ataca, no sólo y en particular el ideal moral cristiano por ser expresión de fisiología débil o decadente, sino que le merecería su animadversión por el solo hecho de ser un ideal moral. Todo ideal es en efecto un ¡No! dicho a ese inmenso ¡Sí! que es la Naturaleza. Sólo en

una acepción latísima del término podría llamarse ideal al del propio Nietzsche, que caracteriza su posición como un naturalismo moralista (V. de P. 299, 462. Crepúsculo V, 4). Para Nietzsche todo ideal es un empobrecimiento y una calumnia de la realidad. El "Debe ser" (pero no es) indica en última instancia una condenación de la marcha general de las cosas. Ligado el eterno acaecer por un riguroso determinismo, la condenación a uno solo de sus momentos entrañaría la condenación del todo. Sin embargo la perspicacia de Nietzsche no deja de observar que formando parte del acaecer natural se halla esta especie de hombres que vendría a censurar a la vida al formular ideales morales que le son contrarios. "Pero la condenación de la vida por parte del viviente es en último término síntoma de una determinada calidad de vida. Esta condenación es hecha ¿por qué vida? ¿por qué género de vida? Pero ya he dado la respuesta: por la vida que declina, por la vida debilitada, cansada, condenada. La moral como hasta ahora ha sido entendida —como luego fué formulada por Shopenhauer como "negación de la voluntad de vivir"— es el mismo instinto de la decadencia que hace de sí mismo un imperativo; dice "perisci"; es el juicio de los condenados" (Crepúsculo V, 5).

No rechaza sin embargo Nietzsche de un modo absoluto los ideales morales: son venenos pero como todos los venenos pueden tener en ciertas circunstancias y en determinadas dosis, innegable valor curativo.

Nos dice Nietzsche que toda ética del ideal debería llamarse mejor "ética de lo deseable", este deseable en la moral cristiana —casi el mismo en los fuertes que en los débiles ya que en aquéllos también aparece en momentos de fatiga, de debilidad, de ensueño, de pereza— es de una "espantosa pobreza de espíritu". "Llaman "inocencia" al estado ideal de ignorancia; "bienaventuranza" al estado ideal de pereza; "amor" al estado ideal de bestia de rebaño que no quiere enemigos. De este modo es como han llevado a ideal todo lo que rebaja y envilece al hombre" (V. de P. 335). "La "moral" es un error específico del que no se debe tener compasión: una idiosincrasia de degenerados que ha hecho un daño general profundo". (Crepúsculo V, 6).

Por otro lado hablar de un hombre "como debe ser" le parece tan absurdo como "hablar de un árbol como debe ser". Nietzsche aceptaría el "debe ser" pero el "deber ser lo que se es" (¿Qué dice tu conciencia? Debes llegar a ser lo que eres—Gay saber, 270). No el ideal moral, el sistema de moral, el rasero moral, sino el vivir el propio destino, ese destino diverso en cada hombre en que se goza en expresarse la vida. Por eso el mandato "Sé él que eres". De allí el subtítulo del

"Ecce Homo": "Como se llega a ser lo que se es" en que el propio Nietzsche se ofrece como ejemplo. Y la portada del "Gay saber":

"Yo vivo en mi propia casa
Jamás imité a nadie"

Y su experiencia: "No he encontrado ningún hombre de gran calidad que no haya dicho no haber perdido el sentimiento del deber o no haberlo poseído nunca" (Arte y artistas I, 157). Y es que sólo cuando el "león" voluntad mata al "dragón" deber es posible crear el propio deber, el que nos lleva a ser lo que somos. Y sólo repudiando al ideal es posible la aceptación de la necesidad. "Mi fórmula para la grandeza en el hombre es "amor fati"; no querer tener nada diverso de lo que se tiene, nada antes, nada después, nada por toda la eternidad. No sólo se debe soportar lo necesario y no esconderlo —todo idealismo es mentira frente a lo necesario— sino "amarlo" (Ecce Homo. Por que soy tan discreto, 1). "Nosotros, nosotros queremos ser lo que somos" (Gay Saber, 335 in fine).

"He aquí mi conclusión: el hombre verdadero representa un valor bien superior al del hombre que podría "desear" cualquier ideal, tal como se le ha presentado hasta aquí; todo lo que se ha deseado con relación al hombre no ha sido más que digresión absurda y peligrosa, por la cual una especie de hombres particulares querria erigir en ley, por encima de la humanidad, sus propias condiciones de conservación y crecimiento; todo deseo de este orden ha rebajado hasta el presente el valor del hombre, su fuerza y su certidumbre en el porvenir; la pobreza del hombre y su mediocre intelectualidad se ponen hoy más de manifiesto cuando persigue el objeto de sus deseos; la facultad que permite al hombre fijar valores ha sido hasta el presente bastante mal desarrollada para significar la parte del valor efectivo del hombre y no solamente del valor "que él desea"; el ideal ha sido hasta el presente la verdadera fuerza calumniadora del mundo y del hombre, una fuerza que esparció por la realidad su aliento envenenado, la gran seducción de la nada" ... (V. de P. 390).

El naturalismo moralista de Nietzsche y su modo del mismo, hacen pensar en el sofista Calicles, la figura del pensamiento griego que, con Heráclito, le es más afín. No un ideal diferente de la Naturaleza que en última instancia sería algo contrario a toda la naturaleza, sino la Naturaleza misma es la clave de la moral, el modelo de la moral. Esa naturaleza que establece desigualdades entre los hombres.

El solitario de Sils Maria señala e interpreta el antecedente heracliteo: "Heráclito: el mundo es el imperio absoluto de la justicia: ¿cómo

podría haber un mundo injusto? Por consiguiente, aquí tenemos un juicio moral: El cumplimiento de la ley es absoluto; la contrario es una ilusión y el que haya hombres malos no es una objeción: tal como son, realizan también la justicia absoluta. Aquí la necesidad es sentida y magnificada moralmente" (Filosofía general—Filosofía, 1).

Pero es particularmente vigoroso el antecedente del sofista. Si las simpatías de Nietzsche nunca están a favor de Sócrates, un decadente, sino de los nobles atenienses con quienes dialoga, la brillante figura de Calicles debe haberle atraído particularmente. Es realmente magnífica la soberbia seguridad en sí mismo y el tranquilo tono despectivo con que responde a Sócrates que le dice que las mayorías en cuanto tales son las más poderosas:

CALICLES—"Este hombre no cesará de decir nimiedades. Sócrates, respóndeme: ¿No te da rubor a tu edad andar a caza de palabras y creer que has triunfado en la disputa por torcer el sentido de una expresión? ¿Piensas que por los más poderosos entiendo otra cosa que los mejores? ¿No te he dicho repetidamente que tomo estos términos mejor y más poderoso en la misma acepción? ¿Te imaginas que pueda yo pensar que se pueda poner por Ley lo que se haya resuelto en una asamblea compuesta por un montón de esclavos y de gentes de toda especie que no tienen otro mérito que la fuerza de sus cuerpos?" (Platón—Gorgias).

Al aclarar frente a Sócrates su pensamiento, Calicles termina por explicar que son los mejores los que más valen y que son los más valientes y activos. Precisa aún más su idea diciendo que no son los que dominan sus pasiones y no tienen necesidades — "de otro modo nada sería más dichoso que las piedras y los cadáveres" — sino los que las dejan crecer y procuran después satisfacerlas. (Goethe hablará más tarde de "ser bueno y malo como la naturaleza" y nos dirá en el "Fausto": "Tan árida es toda teoría como verde y lozano es el árbol de la vida").

El naturalismo moralista de Calicles se concreta en un aristocratismo parecido al del propio Platón, aunque sin su matiz intelectualista. Las preferencias de Nietzsche serán para el del sofista, aunque tratará de reunir ambos tipos al trazar la figura del superhombre.

Pero no sólo porque todo ideal es ya contrario a la vida y porque el ideal cristiano es expresión de instintos decadentes es que la moral cristiana es inmoral. Nietzsche señala aun otro modo diferente de serlo: La moral es inmoral por sus medios de dominio, porque para reinar sobre los hombres usa de los medios indispensables para alcanzar cualquier dominación, medios que en ningún caso son morales ya que de serlo resultarían contraproducentes o inútiles. Es con la mentira, con la ca-

lumnia, con la violencia, con la injusticia que se ha podido alcanzar y que se ha alcanzado el triunfo de la moral cristiana, el de toda moral, como cualquier triunfo: La "gran política" de la moral es también inmoral. Y sólo por esta su inmoralidad ha sido en algún sentido provechosa la moral cristiana: "Entre cielo e infierno y en peligro de persecuciones, destierros, condenaciones eternas y miradas torvas del rey y de las damas, el espíritu llegó a ser ágil y temerario". (Arte y artistas I, 150).

X.—LA DECADENCIA

"Partiendo de la óptica del enfermo mirar a ideas y valores más sanos y, al contrario, partiendo de la plenitud y de la corteza de sí misma que posee la vida rica, bajar la mirada al secreto trabajo de los instintos de decadencia: este fué mi más largo ejercicio, mi verdadera experiencia" (Ecce Homo—Porque soy tan sabio, 1).

SUMARIO.—Decadencia, vida y voluntad de poder.—Aspectos cósmico y biológico de la decadencia.—La muerte oportuna.—La preponderancia de los sentimientos de displacer sobre los de placer.—La decadencia en las valoraciones cristianas.—Aspecto social de la decadencia.—Confusión cristiana entre causa y afecto.—Necesidad de limitar la decadencia.—Contra la eutanasia y la esterilización de enfermos y degenerados.—Signos de la sociedades decadentes.—Enumeración de algunas consecuencias de la decadencia.—Fenómenos equívocos.—La religión y la filosofía como formas de decadencia.

"Hay decadencia donde falta la voluntad de poder" (Anticristo, 6). Nietzsche la denomina "Voluntad de vida quebrada" (Anticristo, 50). La decadencia aparece entonces como una disminución de la voluntad de poder, como un "minus" vital. La vida quiere más vida, la decadencia es menos vida. La vida rica, la vida vital, la vida ascendente se señala por un aumento, por un despliegue de la voluntad de poder. La vida decadente es disminución, progresivo agotamiento de la voluntad de poder.

Quizá podríamos hablar de decadencia en un sentido latísimo, cósmico que correspondería al momento en que el universo se guarda a sí mismo antes de recomenzar cada ciclo. En un sentido biológico la decadencia corresponde a ciertas circunstancias como debilidad o enfermedad y aun a ciertas etapas —vejez— de la vida de los animales, comunes también al hombre; por lo que tendríamos que "en cuanto a decadencia, todo hombre que no muere demasiado joven la representa casi en todos

los sentidos: conoce, pues, por experiencia los instintos que son propios de la decadencia: casi la mitad de la vida humana es decadencia" (V. de P. 864). Sin embargo de este pasaje nos habla en el Zarathustra de los que "siempre son poco numerosos, aquellos cuyo corazón conserva largo tiempo sus ánimos y su impetuosidad; en este pequeño grupo el espíritu permanece perseverante" (III, 8). Se refiere también a esta vitalidad superior que sabe eludir la decadencia del cuerpo al decirnos: (Zarathustra I, 21) "cuando se es joven muy tarde permanece uno joven mucho tiempo".

Más extrema que la de nuestro González Prada —tan nietzscheana por lo demás— la admonición del filósofo será "muere a tiempo": (Zarathustra I, 21). Recomienda "morir de un modo altivo, cuando ya no es posible vivir dignamente. La muerte elegida voluntariamente, la muerte en tiempo oportuno, con claridad y serenidad, realizada delante de los hijos y de testigos" (Crepúsculo V, 36). La muerte, ese "estúpido hecho fisiológico" se llenaría así de un nuevo sentido, al ser decidida y provocada.

Es dimensión humana la que es propia del término decadencia, que aparece como una disminución de la voluntad de poder en el hombre y en las sociedades humanas, como la europea del siglo XIX, (aunque Nietzsche no deja de observar en ella signos promisorios de un movimiento contrario).

En el hombre la decadencia se manifiesta como debilitación y anarquía de los instintos, que trae como consecuencia la de las pasiones que los expresan —lo que podríamos llamar aspectos fisiológico y psicológico de la decadencia—. Desde el punto de vista psicológico podemos señalar con certeza la decadencia allí donde exista una preponderancia de los sentimientos de displacer sobre los de placer, la que lleva a hacer desear una situación en que no se sufriera y a un aprecio de los estados inconscientes y apáticos" (el sueño, el síncope)", "se les da un valor muy superior a los conscientes" (V. de P. 44). Esta preponderancia de lo doloroso trae como consecuencias la sobrevaloración de lo hedonístico —común tanto a las morales hedonistas propiamente dichas como a las eudemonistas— y la creencia en un falso mundo metafísico, el trasmundo, el "mundo verdad" de la ironía nietzscheana, creado por aquellos que al no tolerar la realidad de lo real la negaban en una presunta realidad adecuada a sus instintos.

Aparece también la decadencia en la tabla de valores cristiana que coloca la moral en primer lugar y en las virtudes mismas de esta mo-

ral, las de los mediocres, debilitados y enfermos que sólo quieren subsistir, aunque fuere a expensas de las más altas posibilidades de la vida.

Hay también un aspecto social de la decadencia que se caracteriza por el predominio de la moral del rebaño y por la "mala conciencia" en las evaluaciones señoriales: los hombres mejor logrados se sienten "malos".

Una señal peculiar de la decadencia, del "gressus" de la misma, es que escoje como remedio lo que la acelera. "El decadente elige siempre los remedios más nocivos para él". El "progreso" es esta progresión en la decadencia.

Pero no debemos considerar como causas de la decadencia sus consecuencias y manifestaciones. Esta aseveración de Nietzsche nos ayuda a mirar bajo otra perspectiva el problema moral: "La Iglesia y la moral dicen: "una generación, un pueblo, caminan a su perdición cuando se entregan al vicio y al lujo", mi razón reconstruida dice: cuando un pueblo camina a su ruina degenera fisiológicamente; de aquí se siguen el vicio y el lujo (o sea la necesidad de estímulos cada vez más fuertes y frecuentes, como los conoce todo temperamento agotado). Ved a ese joven empalidecido y marchito antes de tiempo. Sus amigos dicen: la causa de ello es tal o cual enfermedad. Yo digo: si está enfermo es a consecuencia de una vida ya empobrecida, de un agotamiento hereditario. El lector de periódicos dice: este partido se arruina con tal error. Mi más alta política dice: un partido que comete tales errores toca a su fin, no posee ya el instinto de su seguridad. Cualquier error en cualquier sentido es la consecuencia de una degeneración del instinto, de una disgregación de la voluntad: con esto se define casi lo que es el mal. Toda cosa buena es instinto y, por consiguiente, ligera, necesaria, libre" (Crepúsculo II, 2).

A pesar de todo, la decadencia no tiene nada de censurable en sí misma, no es sino una consecuencia obligada de toda vida y aun de todo crecimiento vital. Por eso es imposible suprimirla, debemos dejarle sus derechos pero impedir la importación a las partes sanas del organismo. La lucha moral de los socialistas contra el vicio, el crimen y aun la enfermedad es una ingenuidad: "lo que se ha considerado como remedios contra la degeneración no son sino paliativos contra ciertos efectos de esta", "formas de narcotización contra ciertas circunstancias fatales". "Los sanados son solo un tipo de los degenerados". (V. de P. 42).

¿Hemos atendido en cambio al imperativo de "Impedir el contagio a las partes sanas del organismo"? Hemos hecho todo lo contrario y a esto se le ha llamado "humanidad", nos dice el filósofo.

Ingenua la lucha contra la decadencia al atacar sus presuntas causas, no tiene en cuenta que así como en los organismos animales, órganos degenerados pueden tener la máxima justificación de excitar a otros, elevando el tono vital del conjunto, del mismo modo se justificaría la existencia de los estratos sociales degenerados y aun de sus tablas de valores (limitada a ellos mismos). Esta consideración contradiría la prédica nietzscheana de esterilización y eutanasia de los degenerados que aparecerían así como "excitantes" del resto del conglomerado social.

El concepto social de decadencia aparece sin embargo con toda claridad: Se produce cuando las valoraciones y virtudes del rebaño se acercan a las de los hombres superiores, cuando el "pathos de la distancia" de los mejores disminuye, al dejarse inficionar por las valoraciones decadentes. "Nada es más de condenar que el desear que de aquellos tipos se desarrolle un tercero (la "virtud" considerada como un hermafroditismo). Esto es tan poco deseable como la aproximación y conciliación de los sexos. Desarrollar lo que es típico, sacovar cada vez que profundamente el abismo" (V. de P. 886).

No hay en el ser decadente culpa o mérito alguno: Se hereda una determinada cantidad de fuerza, mayor o menor, pero Nietzsche no nos dice que el decadente nace. En un sentido riguroso no nace ni se hace. Se recibe de los antepasados una cierta suma de fuerza que en caso de ser menor constituye una "diátesis", una predisposición. Nietzsche señala algunos factores que la actualizan:

La nutrición insuficiente, los regímenes dietéticos inconvenientes, por ignorancia, aun de los más sabios. En "Más allá del bien y del mal" señala como prueba de la falta de capacidad creadora de las mujeres el que, habiendo tenido a su cargo tanto tiempo la cocina no les debamos descubrimientos en fisiología del mayor interés. Demanda una "filosofía de la nutrición" (Gay Saber, 7). Condena el "comer de un modo desinteresado, impersonal, altruista" (Eccé Homo, Por que soy tan discreto 1). Nuestro siglo XX parece haber seguido las indicaciones de Nietzsche.

La precocidad erótica de la que encuentra ejemplo en Francia especialmente en París, cuyo resultado es un debilitamiento de la base biológica e individuos que más tarde no pueden ya desembarazarse de sus inclinaciones.

El alcoholismo. En este aspecto los judíos tienen marcada superioridad sobre los alemanes.

Un clima inconveniente: "Ninguno de nosotros es libre de vivir en cualquier parte y el que tiene grandes deberes y debe poner en vigor toda su fuerza tiene aquí una elección muy restringida. La influencia

del clima sobre el metabolismo, sobre el retardo o la aceleración de éste, va tan lejos, que un error en la elección del lugar y del clima puede, no sólo hacer extraño a sus deberes a una persona, sino hasta ocultárselos, no verlos más" (Ecce Homo—Por que soy tan discreto—3).

La elección de los recreos; "aquí y en el grado en que un espíritu es "sui generis", son cada vez más estrechos los límites de lo que es lícito o sea útil" (id. id. 3).

Aparecen como consecuencias de la decadencia:

El vicio, el temperamento vicioso y la corrupción de las costumbres, en los que se revela una necesidad cada vez mayor de estimulantes violentos y un debilitamiento de la voluntad.

El debilitamiento de la voluntad, nombre que se da a la multiplicidad acrática de los instintos, a la ausencia de un sistema que los regule uniéndolos y ordenándolos.

La necesidad de estimulantes. Cuando nuestra obra no es acción, sino reacción es que Nietzsche encuentra señales de decadencia: nuestra alma o nuestro cuerpo ya no tienen la iniciativa, no son entonces nuestros instintos los que se expresan sino nuestros "seminstintos" los que responden. Lo primero ya no es la fuerza interior, sino las circunstancias exteriores. La doctrina del medio —puesta en boga en París por Taine y también síntoma de decadencia— parece tener razón.

El lujo "considerado como necesidad de narcóticos, de orgías con mujeres, con alcohol y también con libros" (Arte y Artistas, 170).

La criminalidad y el crimen. Del criminal "decid enemigo y no malvado; decid enfermo y no miserable; decid insensato y no pecador", nos aconseja Zarathustra (I, 7). El delincuente "es un hombre fuerte que ha enfermado. Le falta un país salvaje, una cierta naturaleza y forma de existencia más libre y más peligrosa, donde tiene existencia legal todo lo que es arma y defensa del instinto del hombre fuerte. Sus virtudes están condenadas por la sociedad" (Crepúsculo IX, 45). "Los castigos no deben expresar desprecio, un criminal es siempre un hombre, un hombre de valor" (V. de P, 740). Dostoiewski encontró entre los penados siberianos los mejores tipos de hombre. Pero el que sus instintos más vigorosos se desarrollen al mismo tiempo que las emociones depresivas de la sospecha, el miedo y el deshonor es lo que los hace decadentes.

La enfermedad. El filósofo piensa de acuerdo con C. Bernard que la salud no le es algo opuesto que, guerrero contra ella, le dispute los organismos vivos, sino que la enfermedad constituye "exageración, desproporción, falta de armonía de los fenómenos normales".

El histerismo. "Las enfermedades, ante todo las afecciones nerviosas y cerebrales indican que la fuerza defensiva de la naturaleza vigorosa falta, lo mismo sucede con la irritabilidad, de suerte que el placer y el disgusto se convierten en problemas de primer término" (V. de P. 43). Lo que también constituye expresión de decadencia: "Donde quiera que la perspectiva hedonística está en el primer plano, se puede concluir que sea trata de criaturas que sufren y que han fracasado (V. de P. 781). De Epicuro dice: "Semejante felicidad no ha podido ser inventada sino por alguien que sufriese sin cesar" (Gay Saber, 45). "Pero sufrir por la realidad significa ser una realidad mal lograda... La preponderancia de los sentimientos de desplacer sobre los de placer es la causa de aquella moral y aquella religión ficticias (el cristianismo) pero tal preponderancia suministra la fórmula de la decadencia" (Anticristo, 15).

El alcoholismo, no como gusto sino como hábito. El "Biergemutlichkeit" es una de sus expresiones alemanas. El protestantismo alemán sin la cerveza le parece incomprendible.

La pereza. "Es propia de los que tienen débil el sistema nervioso, de los histéricos, de los melancólicos, de los epilépticos, de los criminales" (Arte y Artistas I, 168).

El celibato y la esterilidad. Nietzsche es partidario de un "impuesto militar a los solteros" progresivo según la edad. (V. de P. 739).

El anarquismo. Cuando el anarquista reclama justicia e igualdad de derechos "se encuentra simplemente bajo la presión de su incultura, que no comprende por qué sufre él realmente porque no comprende de qué es de lo que realmente carece, a saber de vida... En él es poderoso el instinto de causalidad: cada uno de nosotros debe tener la culpa del hecho de encontrarse mal". (Crepúsculo IX, 34).

El nacionalismo "ha corrompido en Francia el carácter, en Alemania el espíritu y el gusto. (Fragmentos de Filosofía General V, 4).

El escepticismo, aunque hay también un escepticismo de los fuertes, un escepticismo "unido al sentimiento heroico" (Arte y Artistas I, 145) que provoca en nosotros el fenómeno contrario, el arquetipo es Napoleón.

El altruismo. En La Rochefoucauld había "una conciencia de los verdaderos resortes de la nobleza de ánimo y una condenación cristiana de estos instintos". Pero el egoísmo no debe ser ni condenado ni exaltado: vale lo que el que lo posee. Un hombre de vida rica, que constituya "una promesa de porvenir" tiene un extraordinario derecho al egoísmo: en el caso de un hombre debilitado, empobrecido "la más elemental equidad exige que quite a los hombres bien nacidos la menor cantidad de

terreno, de fuerza y de sol". Entonces puede resultar conveniente una doctrina del amor", de la resignación, de la paciencia que idealice moralmente el miserable estado de esos seres. El predominio de las evaluaciones altruistas es, pues, resultado de una pobreza fisiológica, de la incapacidad para el gran sentimiento, para la gran pasión: "No buscar la propia utilidad es simplemente la hoja de parra moral para una realidad totalmente diversa, sobre todo fisiológica: "yo no se ya buscar mi utilidad" ... Disgregación de los instintos, el hombre que se hace altruista es un hombre acabado". (Crepúsculo V, 35).

El racionalismo: "No se puede ser racionalista y razonable", nos dice Th. Gaultier interpretando a Nietzsche. Pero Nietzsche mismo nos habla de ser "razonables de un modo absurdo", vale decir, racionalistas. El fanatismo con que un hombre, un grupo de hombres, toda una época, se lanza sobre la razón revela un estado de sufrimiento, de anarquía en los instintos, de "decadencia". Esta fué, por ejemplo, la significación de Sócrates y del período de la historia de Grecia y del Occidente que inicia. ¿Debemos interpretar así también todo idealismo, incluso el idealismo filosófico del siglo XX, allí comprendida la fenomenología de Husserl?

El decrecimiento de la gracia: "la creciente tolerancia y abandono en una especie de "vuelta a la naturaleza" (es decir, al pueblo), incluso en lugares que consideraban como un privilegio suyo la distinción y la severidad de las costumbres". (Fragmentos de Filosofía General V, 5).

Así como la vida rica, la vida desbordante, la vida ascendente enriquece lo que ve, "lo dora y diviniza" así la vida decadente empequeñece y desfigura todo lo que ve, empobrece el valor, es nociva". Nietzsche señala el hecho de que pese al marcado contraste entre el modo de interpretar la realidad de ambas formas, ha sucedido que han sido confundidas. Esto porque el agotamiento se ha presentado en la actitud de la vida plena: "cuando la degeneración implicaba un exceso en la descarga intelectual o nerviosa se le confundía con la riqueza. Despertaba el amor. El culto del loco es también el del que es rico en vitalidad, del poderoso.

La embriaguez es, pues, un fenómeno equívoco, por un lado consecuencia de una mayor plenitud vital, de Dionisios, de la vida en su expresión más íntima, por otro lado, es consecuencia de "la nutrición morbosa del cerebro".

La adiaforía, el poder de suspender la acción, de no reacción, es otra característica de las naturalezas fuertes, ya que ordinariamente la debilidad se señala por la falta de desarrollo de los poderes inhibitorios, para-

lala a la imposibilidad de "frenar la acción". Pero esta lentitud de la reacción obviamente puede tener también por causa el agotamiento.

El reposo —retardo en el sentimiento del tiempo y del espacio— puede tener como base la fuerza. "El estilo clásico representa esencialmente este reposo". V. de P. 799). En él "lo que es sólido, poderoso, fijo, la vida, reposa amplia y poderosamente y conserva la fuerza, place". (V. de P. 819). O la decadencia.

Nietzsche hace la célebre pregunta: ¿Hasta dónde los juicios de los agotados han penetrado en el mundo de los valores? "Los juicios superiores, todos esos juicios que se han adueñado de la humanidad, de la humanidad domesticada por lo menos se podían reducir a juicios de agotados". Nos dice "tras los nombres más sagrados encontré las tendencias más destructoras, se ha llamado Dios a todo lo que debilita, a todo lo que predica la debilidad, a todo lo que contagia la debilidad". Religión y Filosofía le parecen expresiones de decadencia. Dice de la serie de sabios desde Platón y Aristóteles que: "tenían en común algún elemento fisiológico que los inducía a tomar tal posición negativa a la vida a "deberla tomar".

Juicios y prejuicios sobre la vida, pro y contra, en último análisis, no pueden ser nunca verdaderos, no tienen otro valor que el de síntomas, deben ser tratados únicamente como síntomas. "En sí tales juicios son estupideces. Es preciso tender las manos y palpar esta sorprendente "finesse" que el valor de la vida no puede ser apreciado. No puede serlo por un vivo, porque un vivo es parte en la causa, es decir objeto de la disputa y no juez y no puede serlo por un muerto, por otro motivo". (Crepúsculo II, 2).

XI.—EL NIHILISMO

"¿Todavía hay un arriba y un abajo? ¿No erramos como a través de una nada infinita? ¿El vacío no nos persigue con su hálito? ¿No hace más frío?" (Gay Saber. 125).

SUMARIO.—La oposición pesimismo-optimismo.—El pesimismo de la primera etapa de Nietzsche.—Triunfo de Dionisios.—El pesimismo es equívoco.—El pesimismo de los fuertes es equívoco.—El nihilismo.—Nihilismo psicológico.—Nihilismo gnoseológico.—Nihilismo y escepticismo.—Nihilismo axiológico.—El retorno como nihilismo cósmico.—Causa principal y otras causas del nihilismo.—Presuntos remedios contra el nihilismo.—El nihilismo es también equívoco.

Estaba de moda la oposición optimismo-pesimismo en esa segunda mitad del siglo XIX en que transcurre la extraordinaria vida de Federico Nietzsche. Había tomado parte de uno de los lados ganado por una fi-

losófia, para mejor decirlo por un hombre, para decirlo mejor: por un libro, el que más influencia ejerció quizá sobre él: "El mundo como voluntad y representación", voluminoso manifiesto pesimista de un filósofo solitario a su época. La primera obra de Nietzsche tiene a ratos el perfume —"amargamente cadavérico", diría el mismo después— de Schopenhauer. Nietzsche en su primera etapa es un pesimista, pero es el suyo el pesimismo de los fuertes, ese pesimismo heroico dominante en la Grecia presocrática, fruto de una gran riqueza de alma, de una exuberancia de salud, de una vitalidad excesiva, de una como "neurosis de la salud" que puede expresarse en la inclinación a la dureza, al horror, al mal. Era el que encontraba en los filósofos trágicos, la especie más alta de hombres para sus preferencias primeras. Pero el schopenhaueriano Nietzsche era Nietzsche. La interpretación de la "tragedia como resignación" hecha por Schopenhauer resulta corta para la de la obra hecha "en su espíritu y en su honor" (Origen de la Tragedia, 5). Aunque resultado el arte y la vida en general de la lucha de dos principios, apolíneo y dionisiaco y la tragedia su síntesis, el genio dionisiaco de Nietzsche se deja ver desde entonces. "Donde quiera que penetró el espíritu dionisiaco, la influencia apolínea fué destruída y aniquilada" (Origen de la Tragedia, 4). Dionisios tuvo una de sus más grandes victorias en el alma del propio Nietzsche, que, iniciado en los terribles misterios del dios, supo sin embargo volver hacia nosotros para ofrecernos una "alegre corona de rosas".

Es un fenómeno equívoco el pesimismo: manifestación de plenitud vital, de fuerza, de vida ascendente o expresión de decadencia y transformación o sinónimo del nihilismo. Pero el pesimismo de los fuertes también es equívoco:

Puede ser inclinación de la vida rica, ella misma riqueza, a lo terrible, extraño, feo y malo de la vida como entre los griegos presocráticos.

Puede ser el momento de debilidad o de fatiga de una vida ascendente. El ¿para qué? "después de una lucha terrible y aún después de una gran victoria". (V. de P., 26). Como en esa escultura del gladiador triunfante, que poseído de repentina e íntima compasión no quiere descargar el golpe final al caído, con que Romain Rolland compara a su autor, Miguel Angel.

Y puede ser también el pesimismo del propio Nietzsche, el del que quiebra una mentira engalanada, que ayuda a vivir, pero debilitando. Se acepta una reducción del valor del mundo porque de ella se espera sacar el "pathos" para la creación de nuevos valores.

Pero el problema del optimismo-pesimismo que al gran solitario supera tan pronto termina por parecerle un síntoma de decadencia. (Pues equivale a plantear el de la superioridad de vivir o no, lo que sólo es posible en una vida angostada, decadente).

El optimismo le parece inequívocamente decadente por ser expresión de ese racionalismo —remedio que no cura— en que se refugian los instintos anárquicos de los decadentes.

Pero el pesimismo europeo que nuestro autor conoce por experiencia, pesimismo decadente, ha sobrevivido al calumniar desde las valoraciones cristianas los instintos más profundos y poderosos, los que expresaban la vida de un modo más inmediato. Los espíritus mejor dotados, al comprender que esos instintos no podían separarse de la vida, se volvieron contra la vida y contra sí mismos. El ejemplo dolorosamente luminoso es Pascal, "la víctima más instructiva del cristianismo".

Schopenhauer representaba un caso de "pascalismo" —"es un Pascal moderno, con valoraciones pascalianas, sin cristianismo" (V. de P., 1017)—. Contra un fondo metafísico de las cosas "bueno, feliz, verdadero y único", Schopenhauer había dado un gran paso adelante al encontrar un "en sí" como voluntad, pero atenido a los valores cristianos no había podido divinizar esta voluntad: "No comprendió que puede haber infinitas maneras del ser diversamente y hasta de ser Dios" (V. de P., 1005).

Por otro lado, lejos Schopenhauer ya de aquel gran manantial de fuerzas y altas esperanzas que fué Napoleón no supo estimar lo suficiente el fenómeno "voluntad", ni fué bastante fuerte para darle el "sí". Nietzsche nos dice que hubo además pereza y orgullo en Schopenhauer que le impidieron evolucionar, de allí que habiendo concluido su sistema muy joven —antes de los treinta años— no lo hubiera modificado más.

Nietzsche hallaba particularmente condenable el intento de poner al servicio de la negación de la voluntad precisamente las formas de afirmación mayores, las expresiones más completas de exuberancia vital: el arte, el heroísmo, el genio, la belleza, el conocimiento, la tragedia, la voluntad de verdad. Sin embargo no deja de reconocer el mérito del gran pesimista:

"Su doctrina ha caducado / pero su vida perdura / fué el impávido rebelde / que no se somete nunca". (Gay Saber, Sentencias).

Nietzsche usaba la palabra nihilismo en francés; el origen es latino: nihil, nada. Nos dice que el nihilismo tiene caracteres budistas, que efectivamente "es el sentimiento de la nada". Si la decadencia es una disminución de la voluntad de poder, que es la vida, el resultado de la pro-

gresiva disminución vital será la ausencia de vida, la nada, meta no querida conscientemente, a la que se acerca cada vez más el orgulloso progreso occidental. El sentimiento de la nada sobreviene al buscar un sentido en lo que pasa sin encontrarlo. Entonces tiene lugar "el conocimiento de un largo despilfarro de fuerzas, la tortura que ocasiona este en vano, la incertidumbre, la falta de ocasión de rehacerse de algún modo, sea éste el que sea; de tranquilizarse sobre cualquier cosa; la vergüenza de sí mismo como si hubiéramos estado engañados mucho tiempo" (V. de P., 12A).

Según una definición gramatical, nihilismo significaría negación de toda creencia y de todo principio religioso, político y social. Parecería ser pues una mayor o menor acentuación del escepticismo, destacando una primera acepción el escepticismo gnoseológico y una segunda el axiológico. Pero no sólo las facetas del fenómeno son muchas más —la psicológica, por ejemplo, ya señalada; Nietzsche mismo indica otras— sino que el escepticismo se caracteriza por la duda sistemática, mientras que el nihilismo consiste en una paradójal afirmación de la nada que encontrará precisamente en el escepticismo uno de sus momentos previos y aún una de sus expresiones más frecuentes. Pero hay diferencias entre dudar de los principios y negar los principios; el nihilismo, estado agudo, límite, representa varios pasos más allá que el sólo escepticismo: los pasos que nos hacen caer al abismo.

"Que no hay verdad alguna, que no hay cualidad alguna absoluta en las cosas, que no hay cosa en sí. Este es el nihilismo y en verdad el nihilismo más extremo" (V. de P., 13). La más extrema forma del nihilismo sería la creencia de que toda fe, todo tener por verdad algo es necesariamente falso porque no existe un mundo verdadero" (V. de P., 15). Este nihilismo se acerca visiblemente al escepticismo y aún el mismo Nietzsche usa a veces los dos términos como sinónimos. Pero el nihilismo es un fenómeno radical, último, en la historia del hombre mientras que el escepticismo puede no serlo. Desde los primeros tiempos ha habido escépticos en el Occidente (Víctor Brochard ha estudiado a los griegos en un libro cuya lectura recomendaba Nietzsche), y han sido siempre expresión de decadencia; pero sólo después de un largo proceso de "civilización" —el que Nietzsche ve llegar o el que existió antes de la aparición del budismo en la India—, sólo después de un continuo y progresivo empobrecimiento vital del animal hombre, es posible hablar del nihilismo.

No podríamos decir de los escépticos en general, salvo exagerando injustamente, que la de ellos es filosofía de la nada (así lleve como últi

ma consecuencia lógica o psicológica a una filosofía de la nada), pero sí podemos decirlo de Heidegger, por ejemplo. Sin embargo, la duda sistemática no sólo puede preparar el terreno a una creencia más depurada, y esta es la justificación del escepticismo que se halla en los manuales, sino que conduce también a una negación de la verdad y de los valores en general y de un modo más extremo aún a la afirmación de la existencia única de la nada, al nihilismo más radical.

Y no demos más importancia a la posibilidad de expresar este fenómeno en una oración gramatical de tipo afirmativo: "existe la nada", que vale como decir "existe la inexistencia", ni tratemos, adoptando un inapropiado punto de vista gnoseológico y dejándonos llevar por esa "metafísica del lenguaje", la lógica, de inferir que de todos modos tendríamos un conocimiento, es decir, "algo" con lo cual contradiríamos el contenido de la propia afirmación, negaríamos la nada. Pues, mayor contradicción habría en una expresión lógico-gramatical más perfecta ya que una filosofía nihilista tiene que expresarse por frases contradictorias, por pensamiento que se suicidan, por afirmaciones-escorpión.

Pues el nihilismo tiene un carácter destructivo, lo que señala otra de las diferencias con el escepticismo: el nihilismo práctico se caracteriza por la destrucción en su sentido más liberal: por la dinamita, como lo preconizaban los nihilistas neonietzscheanos pro-nazis Juenger, Niekish, Baumler, Moeller, Van der Brück, que partían de este aspecto de Nietzsche tan vigorosa y completamente superado por él mismo.

El nihilismo axiológico, tan ligado por lo demás al gnoseológico se manifiesta como una "impugnación de valores, sentimientos, deseos". "Significa que los valores supremos han perdido su crédito". "El nihilismo radical es la creencia en una absoluta desvalorización de la existencia". Pero hay una jerarquía en los valores, el elemento decisivo es el moral, halla su expresión en el escepticismo moral" (V. de P., 3).

Nietzsche nos habla aún de otra forma de nihilismo, que también sirve para diferenciarlo del escepticismo: "la existencia tal cual es, sin sentido y sin finalidad, pero volviendo constantemente de una manera inevitable sin un desenlace en la nada: "El eterno retorno", esta es la forma más extrema de nihilismo, la nada (el absurdo) eterna" (V. de P., 55).

El nihilismo aparece como un momento de determinadas circunstancias históricas: la existente en la India antes de la aparición del budismo por ejemplo y también de las que el "historiador de los siglos que se avecinan" ve llegar. La tarea de este superhistoriador del futuro será hacer del abismo un tramo, como supermacabro Anteo que cobra fuerzas, no de la tierra, sino de la nada misma. Si tenemos en

cuenta que Nietzsche es también cónsul en el siglo XIX del psicoanálisis del siglo XX podremos comprender cómo el vivir el nihilismo podrá convertirse en un modo de librarnos del nihilismo y ser aún el único modo de escapar de él y superarlo. En el Zarathustra nos habla de esta meta abisal vuelta tramo por una voluntad superior, la del león que tiene como tarea "hacerse libre, oponer una divina negación, incluso al deber". El león que "quiere conquistar la libertad y ser el amo de su propio desierto". (Zarathustra, I, 1).

De sí mismo nos dice Nietzsche: "Soy un nihilista, pero también lo contrario de un nihilista" y afirma "El nihilismo incompleto es el nuestro, las tentativas de escaparle sin transmutar valores conducen el problema a un estado más agudo" (V. de P., 28). Y no se puede transmutar valores sin esta etapa previa, felina, leonina, de negación, de nihilismo "La transmutación no puede en modo alguno venir sino después de él y por él" (V. de P., Prefacio). Entonces el nihilismo se hace "un estado patológico intermedio" (V. de P., 13).

Como de la decadencia, tampoco deben considerarse como causas del nihilismo la miseria social, o la degeneración fisiológica o la corrupción. La miseria —corporal, intelectual, o anímica— no tiene por sí misma poder suficiente para producir el nihilismo, permite siempre diferentes interpretaciones. (La del propio Nietzsche es considerarlas como fenómenos normales en toda sociedad y aún en toda sociedad en proceso de crecimiento). "Es en una interpretación concreta, en la cristiano-moral en la que se aposita el nihilismo" (V. de P., Prefacio). Sin embargo nos dice después que "el movimiento nihilista es la mera expresión de la decadencia fisiológica" (V. de P., 38). "Es la lógica de la decadencia". No nos parece difícil resolver la aparente contradicción: es la decadencia fisiológica a través de la interpretación de la moral cristiana la causa del nihilismo.

Nietzsche se refiere a la civilización occidental. En algunos otros hombres, grupos de hombres, épocas, ha habido nihilismo —como el de la India cuya mención reitera— pero el de Occidente reposa en esa interpretación, causa y efecto a la vez de la decadencia.

La vigencia de la moral cristiana —reconoce Nietzsche— nos preservaba del nihilismo: otorgaba al hombre un valor absoluto pese a su contingencia; el mal aparecía en ella pleno de sentido, como consecuencia de la moral del libre arbitrio y admitía la cognoscibilidad de valores absolutos. Pero esta moral recomendaba y agudizaba el sentido de la veracidad —"El que es mendaz ya no necesita mentir"—, por ello, teniendo por origen una falsificación fundamental de la realidad nos ordenaba

sin embargo ser veraces; (la agudización se producía en los confesionarios, por ejemplo, y uno de sus frutos es el espíritu científico). Esta veracidad acabó por volverse contra los dogmas que servían de base a la moral expresada por ella, los que se hicieron cada vez más insostenibles; en primer lugar, contra todo el sustratum religioso, destruido por su misma moral, moral de veracidad del cristianismo. Pero en un segundo momento esta moral se vuelve contra sí misma por haber desarrollado en nosotros necesidades a las cuales ligábamos el valor de la vida, por las cuales soportábamos la vida y que se nos aparecen entonces como falsas exigencias.

Pero Nietzsche nos recomienda no dar demasiado importancia al problema de la verdad del cristianismo. (V. de P., 749). Como no hay verdad, sino verdades, nos dice que en este punto siempre caben las artimañas y que hay que atender a los instintos que expresa el cristianismo y a los que provoca, más bien que a su verdad o su falsedad. Para Nietzsche el cristianismo ha sido el como médico desvergonzado que no ha vacilado en enfermar para ofrecernos después el remedio. El budismo es una religión para enfermos, pero el cristianismo es una religión que comienza por inocular la enfermedad, nos dice en el Anticristo.

Con la muerte de Dios, acontecimiento sobre el cual se ha preferido guardar un discreto silencio — que Nietzsche viola a veces en el Zarathustra— ha venido la muerte de los valores de la civilización occidental. Y algunos intentos desesperados de guardar lo indispensable, una mínima parte suficiente apenas para vivir, del gran edificio destruido. Robinsones de la cultura tratando de construir ridículos alojamientos, "cabañas provisionales", de otra clase que las cartesianas, con los exigüos restos del terrible naufragio. Se ha intentado escapar de este estado de incredulidad, de muerte y de vacío del nihilismo, sin transmutar valores y el resultado ha sido aumentar la confusión, el aturdimiento y la debilidad, conducir el problema a un estado más agudo:

mediante una solución terrestre pero del mismo tipo que la divina vuelta imposible: el socialismo.

por la pervivencia del antiguo ideal moral con su bien y su mal y sus mismas virtudes: el utilitarismo inglés por ejemplo;

manteniendo el más allá así sea como una incógnita antilógica de la que se espera siempre sacar un consuelo metafísico: agnosticismo;

tratando de leer en los acontecimientos de la historia, algo así como la antigua dirección divina, aunque con el fin en la historia misma: Hegel;

sustituyendo la antigua autoridad sobrenatural por la de la "conciencia", por la de la "razón", por la del "instinto social", que han pretendido a veces hablar también con un lenguaje absoluto.

Se ha tratado de salir de la confusión y el aturdimiento provocados por estos paliativos imposibles mediante "la embriaguez como música, la embriaguez como crueldad en el goce trágico de la caída de los más nobles, embriaguez como ciego entusiasmo por ciertos hombres y ciertas épocas (como odio, etc.). Tentativa de trabajar aturdido como instrumento de la ciencia; abrir los ojos a los pequeños goces, por ejemplo, a los goces del aficionado (miramientos para consigo mismo); este mismo sentimiento generalizado hasta constituir "un pathos"; la mística, el goce voluptuoso del eterno vacío; el arte "por el arte" (le fait); el conocimiento puro como narcótico del hastío de sí propio; cualquier trabajo constante, cualquier pequeño fanatismo; la confusión de todos los medios, enfermedad por excesos en general (la disipación mata el placer)" (V. de P., 29).

Nietzsche ha encontrado que el nihilismo se ocultaba en algunos lugares al parecer insospechables:

En las ciencias naturales. Desde Copérnico el hombre pasó del centro del mundo en que se encontraba a la periferia, dejó de ser designio central de Dios para pasar a ser producto casual de un juego infinito. La ciencia, que es un mero reconocer lo que hemos puesto en las cosas, nos lleva finalmente a un anticientifismo, a una destrucción.

En las ideas políticas y económicas. El nacionalismo tan peligroso para la cultura, vitalidad espiritual, que ocasionó según Nietzsche la pérdida de la significación cultural de Alemania después del triunfo del 70. El Estado es "de todos los monstruos fríos, el más frío". "Os doy este signo como signo del Estado: Una confusión de las lenguas del bien y del mal. En verdad lo que indica este signo es la voluntad de la muerte" (Zarathustra I, 11). El anarquismo no sólo etimológicamente niega la voluntad de poder, clave nietzscheana de la vida, al oponerse a todo principio organizador superior.

La historia y el historicismo, de cuyos inconvenientes nos habla en un trabajo de su primera etapa: "De cinco maneras puede ser peligrosa a la vida esta sobresaturación de una época por la historia. El exceso de estudios históricos engendra la contradicción (analizada más arriba) entre el ser íntimo y el mundo exterior debilitando de este modo la personalidad. El exceso de estudios históricos dá nacimiento en una época a la ilusión de que ella posee más que cualquier otra época esa virtud, la más rara de todas, que se llama justicia. El exceso de estudios

históricos perturba los instintos populares e impide al individuo, así como a la totalidad llegar a la madurez. El exceso de estudios históricos propaga la creencia siempre nociva de la caducidad de la especie humana, la idea de que todos somos seres retardados, epígonos. El exceso de estudios históricos desarrolla un estado de espíritu peligroso; el escepticismo, y otro estado de espíritu más peligroso todavía, el cinismo y de este modo la época se orienta insistentemente hacia un practicismo receloso y egoísta que termina por paralizar y destruir la fuerza vital". "Cuando la historia sirve a la vida pasada hasta el punto de minar la vida presente y sobre todo la vida superior, cuando el sentido histórico no conserva ya la vida, sino que la momifica, entonces es cuando el árbol se muere de una muerte que no es natural, comenzando por las ramas para descender hasta la raíz, de suerte que la raíz misma acaba de pudrirse". El momento de la civilización que Nietzsche vive es un momento decadente pero "el pasado no debe ser interpretado más que por un presente más fuerte que él" (Consideraciones inactuales, II).

La carretera cultural del cristianismo está cerrada, es lo que nos dice Nietzsche. No podemos detenernos ni retroceder y no tenemos al frente otra perspectiva que el abismo. Con animoso corazón saquemos de la desesperación de ir a él, de estar en él, fuerzas para emprender otro camino, quizás más largo aún, por los misteriosos países del futuro. "Invulnerables sólo en el talón" no olvidemos que: "Sólo donde hay muertes hay resurrecciones".

El nihilismo no es necesariamente expresión de decadencia. Y aunque también expresión, y aun más lógica de ella, puede convertirse de un fenómeno final en un estado intermedio. Nietzsche acepta un nihilismo de los fuertes: Zarathustra es un destructor y un creador. Así como la decadencia es creadora aún de tablas de valores, así la vida ascendente es destructora. "Una de las condiciones esenciales de la afirmación es la negación y destrucción" (Ecce Homo —Porque soy una fatalidad, 4). Una naturaleza dionisiaca "no sabría separar una acción negativa de una afirmación" (id. id, 2). Dionisios es en este sentido una síntesis y una superación de Brahma y Siva y sólo mediante su terrible fuerza destructiva puede llegar a ser "el límite extremo de la afirmación" (Ecce Homo —Capítulo El Origen de la Tragedia, 1). Y esto es inevitable para quien la realidad es devenir, cambio, incesante destrucción y creación. La afirmación de la vida es la de sus dos aspectos "más allá del temor y de la compasión, en la eterna alegría del devenir, esta alegría que encierra en sí también el goce del aniquilamiento" (Ecce Homo—Cap. El Origen de la tragedia, 3).